

renombre de sus directores y maestros: *Date odorem....*
El rosario, como lazo de rosas y azucenas, estrechará eternamente á los hijos con su madre. Así sea.

SEGUNDO DISCURSO RELIGIOSO PRONUNCIADO
EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL
ROSARIO

(en el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá).

**Nuestra Señora del Rosario, maestra de la
creencia de Jesucristo.**

Ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens.
Eccli. 24, 6.

1. Si este importante establecimiento de enseñanza, el mayor en su clase en toda la nación, es sin lisonja un foco esplendente de luces intelectuales y morales para la juventud colombiana, con razón ocupa ese trono del altar, desde donde preside, cual Señora, á todas las faenas escolares, esa Virgen singular que por su maternidad divina ha hecho nacer en el cielo y reflejar sobre la tierra la luz indeficiente, esa Virgen que dió á luz al que dijo con verdad: *Yo soy la luz del mundo*¹.

Sí, señores, rector y catedráticos de este insigne Colegio del Rosario, y vosotros, dignísimos alumnos, *Colegiales de la Virgen*, como os llaman vuestras constituciones: ningún otro que María, trono de la Sabiduría Encarnada, Maestra de la ciencia y la virtud, debe ocupar el puesto de honor, en este célebre plantel,

¹ Io. 8, 12.

donde tantas generaciones han bebido y siguen bebiendo á raudales la ciencia de las grandes verdades y la grande y verdadera ciencia de la vida. He aquí, á mi ver, la más alta gloria entre las muchas que registra el Colegio Mayor; tener por Patrona á la Santísima Virgen en su gloriosísima advocación del Rosario; como quiera que este título, no sólo significa que María, la vencedora del Islam en Lepanto y en Belgrado, ampara con su cetro de oro á la noble juventud estudiantina que frecuenta estas aulas, sino, y principalmente, que ella misma, por medio de la devoción de su Corona de místicas rosas, adoctrina á los jóvenes alumnos en la ciencia de las ciencias, cual es el conocimiento y amor de Jesucristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre*¹; y de esta suerte puede asegurarse que ella en persona se encarga de dirigir su educación. ¡Qué distinción y qué ventura la vuestra, jóvenes que lleváis por divisa sobre el pecho el escudo del rosario, ser propia y verdaderamente los *Colegiales de la Virgen!*

2. Y en hecho de verdad, ¿qué otra cosa es el rosario, esa expresiva oración, indefectible en este establecimiento, sino la enseñanza objetiva de Jesús acompañado siempre de María? ¿Qué hacéis cuando en el recogimiento de este templo, á la luz misteriosa del crepúsculo, vais repitiendo pausadamente hasta cincuenta veces la salutación angélica, aclamando á la Mujer bendita entre todas las mujeres y al bendito fruto de su vientre virginal: qué hacéis, digo, sino evocar en vuestro espíritu palpitante de religiosa ternura, el hecho sobrenatural de la Encarnación del Verbo? ¿Qué, cuando repasáis uno á uno los principales misterios de la vida,

¹ Io. 1, 9.

pasión y resurrección del Salvador, sino ponerlos delante la adorable figura de Jesús para aficionarlos á su imitación? Y ¿quién os convoca diariamente á la oración en este sitio? ¿es acaso la muda voz de la campana? ¡Ah! no; es la voz de vuestra madre y maestra, quien, como á hijos muy queridos, os reúne al rededor de su trono de misericordia.

Y ¿no tendré razón para deciros que ella, la Virgen del Rosario, enseñándoos á Jesucristo, es para vosotros maestra de verdad y de virtud? ¡Oh! y ¡cuánto le debéis por este título! pues, como paso á demostrarlo para honor de la misma Señora y edificación de vuestras almas, la ciencia de Jesucristo es la más subida, provechosa y necesaria de las ciencias, como que *en Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios*¹. Resuene hoy con especial armonía en nuestros labios y halague blandamente los oídos de la Virgen-Madre la salutación que le dirigimos con el Ángel: *Ave María*.

I.

3. De los preclaros alumnos que de todos los puntos de la República afluyen á las acreditadas aulas del Colegio del Rosario, pudiera muy bien decirse lo que decía San Pablo de los ingeniosos hijos de Grecia: *Sapientiam querunt*²: vienen en busca de la sabiduría, sedientos de investigar los arcanos de la más alta y profunda de las ciencias humanas, la filosofía, la que, en su misma abstracción, parece poseer la clave y el secreto de todos los conocimientos. Y, mientras sus lustrados profesores les abren con cariño las anchas

¹ Col. 2, 3.² I Cor. I, 22.

puertas del saber, he aquí que María, la Patrona divina del colegio, dirigiéndose á sus hijos con estas palabras del mismo Apóstol les dice: *Yo voy á revelaros otra ciencia, la de Jesús Crucificado, locura para el mundo, escándalo para las almas débiles, mas para los escogidos virtud y sabiduría de Dios*¹. ¿Qué decís? ¿No os parece que ha de valer más esta celestial filosofía de Cristo que todo el caudal de ciencia que puede atesorar la inteligencia humana? Y ¿cómo no? ¿No es Cristo la Verdad absoluta², siendo el Verbo y la Razón de Dios? ¿No bastará Él solo para llenar la vasta capacidad de cualquier entendimiento creado? Quien llegase á poseer un destello de la sabiduría divina ¿tendría que envidiar los menguados resplandores de la ciencia del hombre? ¡Con cuánta razón escribe el sabio y modesto autor de la Imitación de Cristo: «Sea nuestro primer estudio meditar en la vida de Jesucristo. La doctrina de Cristo es la más excelente de todas las doctrinas, es maná regalado para quien sabe penetrar en su espíritu.» Bien lo comprendía el grande Apóstol, el predicador del Areópago de Atenas, cuando en presencia de todas las grandezas de la civilización romana, y de las maravillas de la elocuencia griega, exclama: «Y ¿qué vale todo eso comparado con la sobreeminente ciencia de Jesucristo mi Señor? Por adquirirla despreciaría yo todo como vil basura.» Ciertamente, que no poco vale la ciencia de las cosas asequibles por la luz de la razón, como que no hay tesoro en la tierra comparable con la sabiduría, según el testimonio del Sabio: *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius*³; pero ¿cuánto no excede á todo humano saber la ciencia del Ser in-

¹ I Cor. I, 23, 24.² I Io. 5, 6.³ Sap. 7, 8.

finito, de Aquel á quien ningún hombre alcanzó á ver jamás, porque se esconde en las profundidades de lo incomprendible, y sólo se revela á quien le place? *Gloríese*, dice el mismo Dios por un profeta, *gloríese enhorabuena quien gloriarse quiera en saberme y conocerme á Mí*¹.

4. Pues bien, mis amados oyentes, la sobreeminente ciencia de Cristo es la misma ciencia de Dios, y yo digo que su escuela es el rosario. De ahí es que éste se remonta por encima de todas las especulaciones filosóficas, aunque con ellas conviene en su objeto material: Dios, el mundo y el hombre. En los misterios que van desfilando ante vuestros ojos durante la recitación del rosario, veis á Dios, porque veís á su Hijo unigénito, consubstancial y de la misma naturaleza y perfección que el Padre. *El que me ve*, decía Jesús á sus discípulos, *está viendo á mi Padre*². Y con profunda fe decía San Bernardo: «Sea cualquiera el misterio en que pienso, pienso en Dios.» Pero esto, diréis, no lo alcanza la luz de la razón. Enhorabuena; y por lo mismo sois tanto más dichosos, por cuanto vuestra ciencia es más alta y luminosa, como que es destello inefable de la divina lumbre. *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan*, decía Jesús á San Pedro, cuando éste descubrió en la mirada de su Maestro la irradiación del Hijo de Dios vivo; *bienaventurado eres porque no la carne ni la sangre* (no la luz de la razón) *sino mi Padre que está en los cielos, te ha revelado esta verdad*³. ¡Feliz quien puede ver con los ojos de la razón! ¡Más feliz aún el que alcanza á vislumbrar con los ojos de la fe!

¹ Ier. 9, 24.² Io. 14, 9.³ Matth. 16, 17.

5. La ciencia de Cristo es también ciencia del hombre; pero ¡con cuántas ventajas sobre la antropología! Mientras ésta estudia al hombre en general, aquélla contempla al Hombre-Dios, al Hombre-modelo, al ideal de la humanidad, al que se llamó como sólo Él puede llamarse: *El Hijo del hombre*.—¿*Quién es este Hijo del hombre?* preguntaba el ciego judaísmo; y la historia, por boca de Pilatos, le ha respondido: *Míralo ahí: Ecce Homo!* Es el hombre por excelencia, el que, por confesión de sus mismos enemigos en el siglo XIX, eclipsa todas las perfecciones humanas: tal es su grandeza y hermosura¹. Es el hombre que ha rescatado la pobre raza humana del abismo de la degradación moral y de la eterna desventura, elevándola á las cumbres de la gracia y á las alturas incomensurables de la gloria. Es el hombre con cuya imagen deben conformarse todos los hombres para ser perfectos y, por consiguiente, dichosos. ¡Oh! ¡qué estudio más sublime el de Jesucristo, Hijo del hombre!

Su ciencia, en fin, es la ciencia del mundo, si no físico, moral y religioso; porque todo cuanto á este orden pertenece, y aun al civil y social, se enlaza íntimamente con los hechos de que Cristo es autor único, con la redención humana, centro adonde, como sabéis, convergen todos los acontecimientos de la historia. Quien no conociera á Cristo Redentor, estaría completamente á oscuras, á lo menos en punto á filosofía de la historia; porque, como dice San Pablo y expone magistralmente el gran Bossuet, *todos los siglos han sido ordenados por Dios para su Verbo Encarnado*².

¹ Channing, citado por Bougeaud, Vida de Jesucristo.² Hebr. 9, 8.

6. Tal es, jóvenes que me escucháis, la gran ciencia de Cristo que María os enseña diariamente con la humilde práctica de su rosario. Y, con ser tan profunda y sublime en su objeto, es dulce y deleitosa en la manera de aprenderla, que no es, no, por arte de sutiles razonamientos fatigosos al espíritu, sino por una especie de intuición en los cuadros históricos que María va desplegando á vuestra vista. ¡Delicioso modo de aprender, adaptado á todo género de inteligencias, y especialmente apropiado á la edad dichosa en que todo lo colora la imaginación y lo aviva el sentimiento! Por lo demás ¿quién negará que es más dulce la visión que el laborioso raciocinio, aunque éste produzca la satisfacción de una victoria? ¿No es aquélla la manera de conocer propia del ángel, á la cual se acercan alguna vez, el santo en los éxtasis de la contemplación, y el sabio en los arranques del ingenio? Sin necesidad de subir tan alto, el fervoroso creyente puede ver á Dios humanado, pues con tal designio *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vímosle en todo el brillo de su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*¹. ¿Por ventura no le vemos, oímos y palpamos cuando en el silencio de la oración sosegada vamos trayendo á la memoria los variados pasajes de su mortal carrera desde Belén hasta el Calvario? «Habita hoy en nuestra memoria, dice el citado San Bernardo, habita en nuestro pensamiento, y hasta se digna bajar á nuestra imaginación.»² ¡Oh! y ¿qué cuadros pueden ofrecérsenos más encantadores? ¿No son ellos los que han inspirado á los más eminentes artistas, oradores y poetas? Y la presencia de María en todos

¹ Io. I, 14.² In serm. de Aquæductu, apud Brev.

estos cuadros, la intervención de la criatura más bella y perfecta fuera de Jesús, ¡cuánto realce no les comunica, ya sean de dolor, ya de gozo, ya de gloria inmortal las escenas que nos ponen delante! Aquí vemos á la Virgen llena de gracia en Nazaret; allí á la joven Madre, feliz en Belén, angustiada en el templo de Jerusalén, desgarrada de dolor en el Calvario, dulcemente dormida en su lecho de azucenas en Getsemaní, despertando luego con la luz de la aurora, á los acordes de las arpas celestiales, subiendo al cielo en alas de los serafines, siempre bella, sublime, incomparable: y, lo que es muy digno de notarse, concurrendo en todas partes con los reflejos de su rostro, á fijar los rasgos distintivos de la fisonomía de Jesús, Hijo del hombre, *formado de la Mujer*, no sin altísimo consejo. Así es como María nos muestra á Jesucristo en ese evangelio abreviado que llamamos el rosario.

7. Al llegar á este punto, amados jóvenes, permitidme llamar vuestra atención sobre la nota más importante de la ciencia de Jesucristo, que es la de ser absolutamente necesaria para dirigir y perfeccionar la débil é imperfecta ciencia humana. La ciencia de Jesucristo no es ciertamente una filosofía como si dijésemos superior, ni es tampoco la teología escolástica; pero es aquella luz indeficiente que brota del foco mismo de la luz eterna—*lumen de lumine*—y que preserva á la humana ciencia de caer en aquellos espantosos abismos en que necesariamente iría á precipitarse, si quedara abandonada á sus propias inciertas luces. Y, no sólo asegura su marcha por los caminos de la verdad, sino que la ensancha y perfecciona con sus divinas iluminaciones. Jesucristo no abrió cátedra de filosofía á

la manera de Aristóteles ó Platón; pero con su doctrina del cielo, encarnada en los hechos de su vida y muerte, disipó los errores que no pudieron desvanecer con sus famosas escuelas aquellos célebres filósofos; y, abriendo más vastos horizontes á la humana inteligencia para la investigación científica de la verdad, amplió sobre manera la ciencia de Dios, del mundo y del hombre. No me detendré á probarlo. Demasiado lo sabéis vosotros los que en este plantel, dirigidos por sabia mano y poderosa inteligencia cristiana, habéis recorrido ya con paso atrevido, pero firme y seguro, los tortuosos senderos de la metafísica, guiados constantemente por la lámpara de la razón, es verdad, pero sin perder jamás de vista, sobre todo cuando amagaban las tinieblas, los esplendores de la luz de Cristo; y de esta suerte habéis logrado coronar las altas cimas de la filosofía cristiana, de aquella gran filosofía que tiene por lumbreras á Santo Tomás de Aquino, á Leibnitz, Suarez, Balmes, Sanseverino y cien otros de inmortal renombre.

8. ¡Oh! y ¡cuántas gracias no debéis al cielo por este don precioso de la ciencia humana apoyada en la razón divina! Gloriáos enhorabuena de tener por guías de vuestros estudios á inteligentes y consumados profesores; pero gloriáos aún más de que Jesucristo sea el guía de vuestros maestros, pudiendo decirse con verdad: *Magister vester unus est, Christus*¹. Y ¿qué sería, no ya de vosotros, sino de la suerte misma de la ciencia en Colombia, si el día de hoy se desdieran, como en época nefasta, las lecciones que da María á sus Colegiales del Rosario? Lo que sería, nos lo han mostrado claramente los alumnos aprovechados de este

¹ Matth. 23, 8.

mismo establecimiento allá en tiempos que van alejándose ¡ojalá para nunca volver! en épocas aciagas de olvido y menosprecio de la primitiva institución y legítimo carácter del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bien pudiéramos preguntar con el Apóstol¹: ¿Dónde están los frutos sazonados y exquisitos de esa ciencia sin Jesucristo, de la ciencia atea, materialista y disolvente? ¡Oh! ¡no consienta Dios que, por la más chocante y monstruosa aberración, el Instituto fundado por el venerable Cristóbal de Torres para servir de baluarte á la ciencia cristiana, torne á convertirse en fortaleza de la falsa ciencia, desde donde dispare el error sus mortíferos tiros contra la Iglesia de Cristo! Pero vamos adelante.

II.

9. María es para sus hijos predilectos, los Colegiales del Rosario, no sólo maestra de la ciencia especulativa, sino de la ciencia práctica de la vida; y esto vale mucho más que lo primero: porque, si bueno es conocer la verdad, mejor es todavía practicarla. «¿De qué sirve la ciencia sin el temor de Dios?» pregunta el admirable libro de la Imitación de Cristo². Y, hablando en puridad, amados jóvenes, el mucho saber no es el fruto principal de la buena educación; eslo sí, la rectitud de corazón, la voluntad predispueta á bien obrar en todas las situaciones de la vida. El Colegio Mayor no sabría contentarse con formar doctores en filosofía y letras, capaces de seguir con brillo y lucimiento las carreras profesionales; necesita á todo trance modelar hombres

¹ Ubi nunc sapiens? ubi scriba? (1 Cor. 1, 20.)

² Imit. lib. 1, cap. 2.